

## **PENSAMIENTO Y LENGUAJE EN LA PRAXIS METAFÓRICA**

MARGA VEGA

La avalancha de publicaciones sobre la metáfora de las últimas décadas parece tener un único propósito: destacar el valor cognitivo que poseen las metáforas, subrayar que la metáfora es un modo de conocimiento, que las proposiciones metafóricas tienen, no el pálido reflejo de la verdad de sus componentes literales, sino un significado propio, que el mundo al que nos abre la metáfora es un mundo significativo. Pero quizás cabe preguntarse de dónde surge tal interés. Para ello es preciso no perder de vista el contexto en que aparece la explosión de estudios sobre la metáfora.

En un primer momento, el interés por la metáfora surgió como una reacción al positivismo lógico, corriente en la que el sentido de los términos ha de ser preciso y unívoco de acuerdo con las exigencias del principio de verificación. La ambigüedad y polisemia que encierra la metáfora y su parcial inescrutabilidad, abierta siempre a nuevas interpretaciones, hacen imposible que a la metáfora pueda asignársele un significado propio. Es decir, la metáfora parecería resistirse a los requisitos de un lenguaje formal y por eso debería ser traducida o simplemente evitada.

Sin embargo, sobre todo a partir de los años setenta estos estudios parecen más bien el lógico resultado de haber topado con un obstáculo metodológico. Disciplinas como la lingüística, la psicología, la inteligencia artificial, la filosofía y en general todas aquellas materias que engloba la ciencia cognitiva, se encuentran con que la explicación de la metáfora desborda los mismos presupuestos metodológicos sobre los que se asientan. A la vez, la metáfora empieza a valorarse como un recurso metodológico altamente cualificado y como un fenómeno que lleva a una revisión de los mismos fundamentos de estas disciplinas. De otra parte, lo que comenzó siendo un problema con unas dimensiones microscópicas –cómo explicar el significado de la metáfora– ha pasado a tener unas proporciones macroscópicas, pues la metáfora parece atravesar temas como son la inducción, la intencionalidad, la influencia de

factores afectivos en el conocimiento, la interacción de distintas instancias cognitivas como la imaginación y la memoria y un sin fin de problemas que surgen en la articulación del lenguaje y el pensamiento.

Sin embargo, con una perspectiva histórica más amplia, esta oleada metafórica parece remontarse a lugares más lejanos, parece estar saldando cuentas con la idea de racionalidad que nos dejó en herencia el pensamiento moderno. Desde este punto de vista, la metáfora es como el libro de reclamaciones, donde los intelectuales del s. XX pueden dejar por escrito sus quejas. Este desenlace de la historia de la metáfora adopta diversas formas, por ejemplo, la de la crítica de Heidegger y Derrida a la metáfora, pero también, desde otro ámbito de la filosofía, llega la conclusión del último libro de Lakoff y Johnson, *Philosophy in the Flesh* (1999), que propone a la filosofía la reconsideración de la idea de razón que ha cultivado durante siglos. En definitiva, lo que sugiere el estudio de la metáfora es la reconsideración de una idea de la racionalidad más cabal, esto es, humana y realista. La metáfora no es otra cosa que la propuesta de un modelo de racionalidad encarnada y una excusa para hablar de un gran número de problemas que ha generado una visión de la racionalidad empobrecida.

Ya que en este libro de reclamaciones se cobijan todo tipo de sugerencias, la que aquí propongo es que la noción de racionalidad que reclama la metáfora no se encuentra tan alejada del modo en que Aristóteles, el primero en elaborar una teoría de la metáfora, comprendió la racionalidad y la misma metáfora<sup>1</sup>. Las metáforas son la savia que alimenta toda su obra y que define su pensamiento y su estilo: un gran esfuerzo por dar cuenta del movimiento y la actividad, un deseo claro de comunicar y la genialidad del filósofo al que es preciso recurrir también cuando se trata de hablar de un tema tan contemporáneo como el de la metáfora. No es posible tratar aquí cuál es la idea de Aristóteles acerca de la racionalidad pero sí que quiero mencionar algunas de sus afirmaciones sobre el valor cognitivo que concedió a la metáfora y el uso que hizo de ella en algunos textos de la *Ética a Nicómaco* (EN). Creo que de este modo puede entreverse cómo la metáfora importa a la filosofía y, en concreto, a la enseñanza de la filosofía.

---

<sup>1</sup> “La metáfora pinta las cosas en acción” Aristóteles, *Retórica* 1411b 22. También el Estagirita se refiere a la metáfora diciendo que es “es aquello que más claridad puede dar” y que también “es el signo del genio”.

Pero antes de hacer esto parece razonable ahondar un poco más en qué consiste este ‘giro metafórico’. No basta con encuadrar el marco en el que aparece el interés cognitivo por la metáfora. Encontramos aún la necesidad de saber el porqué del pensamiento metafórico, en qué consiste. El simple hecho de hablar de pensamiento metafórico, y no de lenguaje metafórico, puede causarnos cierta extrañeza.

Lo que comúnmente entendemos por metáfora parece algo obvio que apenas necesita una explicación y que encontramos en cualquier escrito poético. Sin embargo, a veces no nos damos cuenta de que nuestro lenguaje cotidiano es más metafórico de lo que pensamos. Lakoff y Johnson tratan de fundamentar esta afirmación mostrando la gran cantidad de metáforas básicas, esto es, metáforas subyacentes, que impregnan la vida cotidiana. Tenemos el ejemplo de conceptos básicos como “lo importante es grande”, “mañana es un día importante”, “la similitud es cercanía”, “esos colores no son iguales pero son cercanos”, “conocer es ver” “veo lo que dices”<sup>2</sup>. La idea es que las extensiones en el significado, son extensiones metafóricas.

Incluso la afirmación más extrema de que todo nuestro lenguaje es metafórico, resulta más o menos admisible si tenemos en cuenta que se trata de un sistema simbólico que nos habla de la realidad, pero que no se identifica con ella. Es decir, la relación del lenguaje con el mundo resulta tan verdadera y a la vez tan falsa como la afirmación “la prudencia es el ojo del alma” que Aristóteles utiliza en la *Ética a Nicómaco*.

La metáfora, en este sentido, impregna toda la estructura del lenguaje y del pensamiento ¿Qué es lo que aporta entonces la idea de que nuestro conocimiento es metafórico y que la metáfora aparece en todo discurso? ¿Qué significa que el pensamiento, no solo ya el lenguaje, sea metafórico, si parece que en el momento en que todo es metafórico la metáfora es derrotada por la metáfora?

Lakoff y Johnson apuntan tres aspectos con los que se puede entender qué significa pensar de un modo metafórico y dicen así: el entendimiento está encarnado, el pensamiento es en gran parte inconsciente, los conceptos abstractos son fundamentalmente metafóricos<sup>3</sup>. La teoría aristotélica de la metáfora no se encuentra tan alejada de estas propuestas aunque no las encontremos formuladas de este modo.

---

<sup>2</sup> Lakoff, G., Johnson, M., *Philosophy in The Flesh: the Embodied Mind and its Challenge to Western Philosophy*, Basic Books, Nueva York, 1999, 50-54.

<sup>3</sup> *Idem*, 3.

Actualmente disponemos de numerosos estudios que muestran cómo gran parte de nuestro conocimiento es inconsciente, no en un sentido freudiano sino en un sentido cognitivo. Es decir, una gran parte de la información que procesamos pasa inadvertida a nuestra conciencia. Probablemente Aristóteles no habría tenido problema en refrendar esta afirmación, pues el carácter que confiere a las virtudes de la parte intelectual del alma no parece gozar de esa especie de visión inmediata –de vigilia– con la que se ha interpretado en muchas ocasiones el pensamiento aristotélico.

La idea de que el entendimiento está encarnado no deja de ser una metáfora que intenta explicar el problema mente-cerebro. Pero si realmente el entendimiento está encarnado, entonces es que no sólo está encarnado en el cerebro sino en toda la corporalidad. Y estas afirmaciones, que Aristóteles no dudaría en admitir, no dejan de ser significativas por el tipo de racionalidad que suponen. La comprensión se enraíza en la experiencia, entendiéndose por ésta no sólo la que nos proporcionan los sentidos, tanto internos como externos, sino la misma experiencia de la vida de la razón y del individuo.

Por otro lado, la idea de que nuestro sistema conceptual es metafórico viene a hacer implausible el ideal de claridad y distinción cartesianas pues la contraposición, la mixtura, son elementos necesarios del conocimiento que evitan la tautología. Nuestro sistema conceptual admite una flexibilidad que, lejos de consistir en un sistema fijo de representaciones, genera un modo activo de crear similitudes y diferencias para lograr una percepción intuitiva de las similitudes. Una buena metáfora implica saber encontrar la relación entre las cosas sin simplificar o unificar prematuramente la realidad, saber percibir las semejanzas en lo desemejante pues “hacer buenas metáforas es percibir la semejanza”<sup>4</sup>.

En definitiva, la teoría de la metáfora en la actualidad nos muestra que hay cosas que sólo pueden ser pensadas de un modo metafórico. Cuando afirmamos ‘la vida es un viaje’, no estamos simplemente buscando una analogía entre la vida y los viajes, sino que nuestro modo de comprender la vida es según la estructura de un viaje. Es decir, en muchas ocasiones, la comprensión del mundo es posible porque está sostenida por un pensamiento metafórico. En este sentido, si la metáfora es el “mecanismo” que subyace a todo nuestro conocimiento, no es precisamente algo anómalo encontrar metáforas en todo discurso filosófico,

---

<sup>4</sup> Aristóteles, *Poética* 1459a 8.

también en el científico. Es más, cuanto más difícil de tratar es un problema más se hace uso de la metáfora.

En concreto, la revolución llevada a cabo en las últimas décadas sobre el significado del método y de la práctica científica ha puesto en duda incluso los mismos criterios de racionalidad científica, haciendo evidente que la ciencia no se encuentra excluida del ámbito de lo metafórico ¿Qué cabe decir del mundo de los valores? El discurso ético se ha pensado en muchas ocasiones como compuesto de proposiciones meramente emotivas, al margen de la racionalidad y postergadas, por tanto, al reino de lo que podríamos llamar lo subjetivo, es decir, las creencias personales, los esquemas culturales variables, los condicionantes emocionales y educativos. En este sentido, la ética utilizaría un lenguaje plenamente metafórico, esto es, falso, ilusorio, figurativo, interpretativo, que muy difícilmente tendría cabida en la esfera de lo racional ¿Son la ética, la estética, ámbitos en los que sólo es posible hablar de un modo metafórico, es decir, según una narrativa en la que el lenguaje simplemente tiene la función de apelar directamente a nuestros sentimientos? El mismo planteamiento de la pregunta supone una deficiente comprensión de lo que la avalancha de estudios sobre la metáfora parece decirnos.

Si por un lado se ha producido un descubrimiento de los presupuestos metafóricos de la ciencia, por otro lado, se ha mostrado la “racionalidad” que entrañan las metáforas y, por tanto, el profundo sentido de lo que se dejaba del lado de lo meramente figurativo. La racionalidad de la metáfora viene así a flexibilizar los presupuestos racionales de la ciencia, sin hacerla irracional, y a racionalizar las ciencias humanas. La metáfora se aleja, a la vez que media, entre lo que podría considerarse la reducción de una filosofía analítica y la vaguedad reinante en ciertos círculos de corte continental en donde la metáfora es identificada sin más con un eufemismo que tiene la verdadera intención de reponer la metafísica idealista. Los estudios de distintas disciplinas y el rigor con el que trata de ser descrita la metáfora ahuyenta en cierto modo muchos fantasmas del pensamiento débil. Pero al mismo tiempo, la parcial inescrutabilidad de la metáfora obliga a la filosofía analítica a un replanteamiento de su punto de mira. La reivindicación de la metáfora no implica la defunción del pensamiento analítico, sino que más bien muestra cómo éste es una parcela entre otras de la racionalidad, que en su misma base se encuentra con la metáfora. La metáfora alerta sobre el modo en que se genera el pensamiento analítico y lo amplía mostrando sus po-

tencialidades. Si la filosofía analítica se encuentra enraizada en la metáfora, entonces, es preciso ensayar otras estrategias que amplíen su punto de vista, y esto es en lo que parecen emplearse los actuales estudios cognitivos sobre la metáfora.

¿Cómo podemos calificar o valorar esta racionalidad común tanto a las ciencias como a las disciplinas más humanísticas? Afirmar que pensamos metafóricamente no es simplemente un modo de acentuar el poder ilustrativo, retórico y ornamental de las metáforas. Voy a tomar como ejemplo las metáforas que nos ofrece Aristóteles en el cap. VI de la *Ética a Nicómaco*. Estas, como veremos, están más asociadas con el mismo contenido de la exposición que con su forma retórica. Los conceptos éticos necesitan de la metáfora porque ésta hace visible la realidad: “presenta ante los ojos el objeto”<sup>5</sup> y –dice Aristóteles– “llamo poner ante los ojos algo a representarlo en acción”<sup>6</sup>.

Aristóteles se refiere a la recta razón y a la prudencia en estos términos “(...) recta conformación de este ojo del alma”<sup>7</sup>. A través de esta afirmación podemos desplegar todo un mapa de inferencias sobre qué es la prudencia. De un modo casi inmediato, nos hace pensar que la prudencia nos permite ver la realidad desde una perspectiva humana, que cualquier defecto en la prudencia lleva consigo una apreciación incorrecta de la realidad, que nuestro campo de visión, y por tanto de actuación, es limitado pero no por ello insuficiente, que la corrección en el modo de percibir la realidad será un elemento decisivo para la actuación. En definitiva, esta metáfora nos sirve para razonar sobre el carácter de la prudencia.

Así, la noción de recta razón que aparece en la *Ética a Nicómaco* es el resultado de todo un proceso de pensamiento metafórico. Es decir, Aristóteles conceptualiza qué es la recta razón y la prudencia a través de metáforas. Varias veces compara la prudencia con el sentido de la vista. La prudencia se caracteriza porque confiere vista, así los que llamamos prudentes “son prudentes porque pueden ver”<sup>8</sup> y “por eso pensamos que Pericles y los que son como él son prudentes porque pueden ver lo que es bueno para ellos y para los hombres”<sup>9</sup>. Además, “lo mismo que un

<sup>5</sup> Aristóteles, *Retórica* 1410b 34.

<sup>6</sup> Aristóteles, *Retórica* 1411b 26.

<sup>7</sup> Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1144a 30.

<sup>8</sup> *Idem*, 1443a 12-14.

<sup>9</sup> *Idem*, 1140b 8-9.

cuerpo fuerte moviéndose a ciegas puede dar un violento resbalón por no tener vista, así puede ocurrir también en este caso”<sup>10</sup>, es decir, cuando una persona carece de prudencia. Ser prudente es capaz de ver.

En ese mismo libro de la *Ética a Nicómaco*, encontramos que el medio justo es como el arquero apuntando al blanco: “En todas las disposiciones morales de que hemos hablado, así como en las demás, hay un blanco mirando al cual pone en tensión o afloja su actividad el que posee la regla justa, y hay un cierto límite de los términos medios que decimos que se encuentran entre el exceso y el defecto y son conforme a la recta razón”<sup>11</sup>. Más adelante, Aristóteles vuelve a emplear otra metáfora para explicar cómo la prudencia y la sabiduría se relacionan entre sí como la salud y la medicina: “Pero no tiene supremacía sobre la sabiduría ni sobre la parte mejor, como tampoco la tiene la medicina sobre la salud; en efecto, no se sirve de ella sino que ve el modo de producirla”<sup>12</sup>.

Traigo aquí estos ejemplos porque nos muestran que las metáforas empleadas por Aristóteles no tienen una función superficial sino que se encuentran sosteniendo nociones fundamentales de su pensamiento. El capítulo VI de la *Ética a Nicómaco* bien podría interpretarse como un intento por parte de Aristóteles de hacernos ver a nosotros lo que en su mente se está produciendo de un modo activo y de acuerdo con una serie de metáforas básicas. Así, la noción “recta razón” es fruto de un “descubrimiento creativo” que no se basa en una analítica del término, sino en el proceso de pensamiento que lo sostiene. Casi podría decirse que la noción recta razón viene a ser una síntesis, un resumen, o casi un indicador de todo ese proceso de pensamiento. Según esto, los términos “recta razón” y “prudencia” surgen una vez que se ha conseguido ‘figurar’ el modo en que operan. Por ello, muchas veces, el intento de encontrar en las denotaciones y connotaciones de términos como “recta razón”, “prudencia”, “virtud”, su significado, puede resultar tan vacío como analizar el nombre de una persona con el fin de conocer su modo de ser.

De este modo, lo que comúnmente se llama “metáfora muerta” puede resultar un concepto aún más amplio. Por metáfora muerta se entiende aquella expresión que en un momento gozó de la novedad, de la

---

<sup>10</sup> *Idem*, 1144b 10-13.

<sup>11</sup> *Idem*, 1138b 20-25.

<sup>12</sup> *Idem*, 1145a 7-9.

tensión de significado que provoca la metáfora y de su parcial verdad y falsedad simultáneas, y que ha pasado a formar parte de nuestro léxico perdiendo todo contacto con su significación originaria. Véase el caso de expresiones como “el pie de la montaña”. También es posible encontrar todo un espectro de metáforas moribundas, metáforas dormidas, metáforas amodorradas que no están del todo muertas y que siguen manteniendo su metafóricidad aunque no consideremos que pertenecen a lo que generalmente se denomina lenguaje figurado. En filosofía, y esto es lo que me interesa apuntar en este momento, en la ética y en la estética, podemos toparnos con metáforas de este tipo.

Se ha dicho que el lenguaje es un cementerio de metáforas. Para comprender la filosofía, más que un análisis de términos amortajados, hace falta recrear las metáforas originarias que lograron dar con determinados aspectos de la realidad. Lo que pretendo decir aquí con el término “metáfora muerta” es que hay nociones que se toman de un modo literal, esto es, sin acompañarlas del descubrimiento creativo que les dio vida, de un modo vacío, y se las somete a un riguroso análisis que les hace resentirse y, a veces, convertirse en auténticos sin sentidos. Así, por ejemplo, todo el capítulo VI de la *Ética a Nicómaco* parece sufrir una ineludible circularidad que no es otra sino la que aparece debido a la inevitable analogía de los términos. Quizás el mejor modo de ver hasta qué punto la metáfora alimenta nuestro pensamiento, es precisamente observar qué es lo que pasa cuando se la omite. Nada mejor que intentar eliminar las metáforas puede mostrarnos precisamente qué es la metáfora. Sorprendentemente nos encontraríamos con que dejaríamos de comprender la mayor parte de las nociones gracias a las cuales vivimos, porque resulta que la metáfora las estructura, porque el significado y la comprensión del mundo es relacional y esto significa que para comprender una noción necesitamos del contraste de las demás.

¿Qué supone todo esto para la enseñanza y aprendizaje de los valores? La conclusión es clara: sólo se produce la comprensión de ciertas nociones cuando se repite el proceso cognitivo que les dio origen, cuando el pensamiento se emplea en una praxis. Las metáforas cumplen así una función primaria al constituir el mismo contenido de las realidades que detecta, y no secundaria como un modo de enriquecer el discurso o de hacerlo más asequible. El descubrimiento de la metáfora como conocimiento viene a desbancar la idea de que ésta es un recurso meramente decorativo o transitorio que está esperando la precisión de un lenguaje literal que determine de un modo acabado la comprensión. Lo que fun-



damentalmente nos está diciendo es que la metáfora tiene un poder cognitivo primario.

Esto significa que la metáfora es un modo de predicación realmente significativo, que nos trae un conocimiento nuevo gracias a la yuxtaposición de dominios semánticos que en principio no se encuentran asociados. Las metáforas crean mapas de inferencia, de modo que un ámbito conocido sirve de guía para lo desconocido. De este modo, logramos llegar a lo que nos es extraño a través de lo que nos es familiar. Todo el proceso de aprendizaje se basa en esto, como demuestran muchos de los estudios sobre el papel de la metáfora en el aprendizaje de los niños. Es más, un sistema de metáforas conocidas pone las bases para el aprendizaje de nuevas metáforas.

La expresión metafórica crea su propia referencia. Cuando afirmamos con Aristóteles “la prudencia es el ojo del alma”, no estamos estableciendo una relación de identidad entre la prudencia y los ojos, ni tampoco entre los ojos y el alma. Aristóteles consideraba que la metáfora es precisamente la habilidad de percibir la semejanza en lo disímil, de modo que para comprender la metáfora necesitamos mantener simultáneamente la diferencia y la similitud. Así es como la metáfora crea significado.

En la misma falsedad de la metáfora se encierra su verdad y su analogía. Lo peculiar de ella es que su verdad sólo aparece cuando no se toma literalmente. Esto es afirmar que la expresión metafórica versa sobre sí misma, pero también sobre la realidad, sin que por ello sea precisa una idea de correlación o de verdad como correspondencia. La verdad de la metáfora es un reto para explicar la verdad, el significado y la referencia. En definitiva, la metáfora nos habla de la creatividad de nuestro conocimiento y de cómo, del hecho de que tengamos que “realizar la verdad”<sup>13</sup>, no se deriva que el mundo carezca de una estructura o que nos veamos abocados a inventar mentiras y llamarlas verdad, sino que, precisamente por el modo de ser de la realidad y de nuestro conocimiento, el acceso al mundo es metafórico, es decir es un descubrimiento creativo.

Pero si esto es así, quizás lo que nos preocupe de un modo más inmediato es cómo aprender y enseñar la metáfora. En el ámbito de la educación, ¿de qué modo es posible enseñar a través de la metáfora? Aristóteles afirma que la metáfora es “lo único que no se puede tomar

---

<sup>13</sup> *Idem*, 1139b, 14-15.

de otro”<sup>14</sup>. Sin embargo, nada interesa tanto como dominar la metáfora, pues como añade Aristóteles, “es indicio de talento”<sup>15</sup>. Creo que es bastante comprensible esta afirmación de Aristóteles si tenemos en cuenta que la metáfora es una habilidad y que se desarrolla como una destreza. El valor cognitivo de las metáforas se cifra en lo siguiente: crean hábitos estables de pensamiento que completan cognoscitivamente el mundo haciéndolo inteligible. Y esto, no porque éste sea ininteligible, sino porque para hacerlo inteligible a nosotros necesitamos humanizarlo.

### BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, trad. de Emilio Lledó, Gredos, Madrid, 1985.  
– *Poética*, trad. de García Yebra, Gredos, Madrid, 1974.  
– *Retórica*, trad. de Quintín Racionero, Gredos, Madrid, 1990.  
LAKOFF, G. / M. JOHNSON, *Philosophy in the Flesh: the Embodied Mind and its Challenge to Western Philosophy*, Basic Books, Nueva York, 1999.

Marga Vega  
Universidad de Valladolid

---

<sup>14</sup> Aristóteles, *Poética* 1.459a 5-6.

<sup>15</sup> *Idem*, 1.459a 7.